

# UNA DÉCADA DE RECONCILIACIÓN: 1962-1972

LA última vez que el mundo creyó seriamente que estaba al borde de una guerra nuclear generalizada fue hace diez años, durante la llamada «crisis del Caribe»; al resolverse, en los primeros días de noviembre de 1962, se inició una etapa de reconciliación, al principio dudosa, zigzagueante, ahora más bien vertiginosa. Una década que debe contar en la historia del mundo.

EL 22 de octubre de 1962, el Presidente de los Estados Unidos, Kennedy, anunció que los servicios de información tenían pruebas —y fotografías aéreas— de que la Unión Soviética había instalado armas ofensivas —cohetes de cabeza nuclear— en la isla de Cuba, a unas millas marítimas del territorio de los Estados Unidos; respondió con un bloqueo naval de la isla cuando se acercaban a ella navíos de guerra soviética. ¿Iban a enfrentarse las dos flotas? El 24, U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, hizo un llamamiento dramático, pidiendo a los Estados Unidos que levantasen el bloqueo y la Unión Soviética que retirase sus armas. El 27, Krutchev propuso la retirada de las bases a cambio de que Estados Unidos retirasen las suyas en Turquía, en la frontera con la URSS; Kennedy respondió que una vez retirados los proyectiles levantaría el bloqueo, ofreció seguridades de que Cuba no sería invadida y prometió la apertura de negociaciones sobre otros temas mundiales. Krutchev aceptó al día siguiente: la retirada de los cohetes comenzó el 9 de noviembre, el bloqueo se levantó el 20. Y el 12 de diciembre, Krutchev pronunciaba un discurso anunciando las bases esenciales de la coexistencia pacífica.

ES difícil atribuir a un solo acontecimiento la capacidad de dividir un periodo histórico de otro: suele ser una simple facilidad cronológica para el estudio. Probablemente la noción de la imposibilidad de la guerra venía antes, tal vez de la primera explosión atómica soviética (de ensayo), el 23 de septiembre de 1949, cuando los Estados Unidos advirtieron que no tenían la hegemonía militar, el «arma absoluta»; o de la muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, y los posteriores acontecimientos de la desestalinización, marcados por

el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en febrero de 1956, donde se emitió con fuerza la idea de la coexistencia pacífica. Considerándolo así, seguiríamos en el artificio de las fechas. Una realidad que parece más profunda, aunque menos tangible, es de inercia de las poblaciones del mundo para entrar en una nueva guerra, después de la mundial, a pesar de las incitaciones y de la fuerte propaganda belicista que soportó durante años; al mundo le costaba trabajo considerar como definitivas frustraciones las promesas de paz y concordia, de gran era de la humanidad, hechas al final de la guerra.

AUN admitiendo como artificio aceptar la fecha de octubre-noviembre de 1962 como la iniciación de una nueva etapa, no cabe duda de que los acontecimientos comienzan a cambiar a partir de entonces. Estados Unidos tenían un Presidente joven y nuevo, la Unión Soviética había salido de un estilo tenebroso, desconfiado y de timbres teóricos para entrar el estilo de Krutchev, anecdótico, carcajeante, eufórico. Cuando los dos hombres se encontraron con el dedo puesto en el gatillo nuclear, vacilaron. Probablemente sus antecesores no lo hubieran hecho. O quizá sí, porque otras crisis se habían solventado antes (por ejemplo, el bloqueo de Berlín, en 1949); en todo caso, supieron conducir la crisis magistralmente. Kennedy no se vanaglorió nunca de haber forzado a los soviéticos a retirarse, como si hubiera sido sin duda el estilo de sus predecesores, sino de haber conseguido que la guerra se evitase; Krutchev no publicó jamás las concesiones que había obtenido de los Estados Unidos, como la retirada de los cohetes nucleares de las bases turcas, que se hizo algún tiempo después, el 1 de abril de 1963, al mismo tiempo que se retiraban los cohetes atómicos de las bases en Gran Bretaña y en Italia. A los pocos días de esta retirada —el 5 de abril— se llegaba al acuerdo de establecer una línea directa —lo que se ha llamado «el teléfono rojo», que en realidad no era un teléfono, sino un teletipo de línea continuamente abierta— entre la Casa Blanca y el Kremlin, para resolver directamente las crisis internacionales. Y casi inmediatamente, Juan XXIII

—que había sucedido en octubre de 1958 a Pío XII, marcando también un nuevo estilo en la política vaticana y en la Iglesia Católica— publicaba la encíclica «Pacem in terris» (10 de abril de 1963) en la que proponía la organización de la política mundial hacia la paz y la comunidad de las naciones. Y cuando el 13 de mayo, Kennedy recibió una nota de Krutchev con la expresión de su inquietud por unas pruebas atómicas que iban a celebrarse en Nevada, Kennedy las suspendió. El 2 de julio, Krutchev pronunciaba un discurso de coexistencia pacífica, y pedía que se firmase un acuerdo mutuo de no agresión entre la OTAN y las fuerzas del Pacto de Varsovia, y urgiendo la necesidad de suspender toda clase de pruebas nucleares. Comenzaba a hablarse de la conferencia de seguridad europea; De Gaulle había rechazado ya ciertos proyectos americanos de implantación de bases nucleares en Francia, y había firmado el tratado franco-alemán de cooperación, un tratado en el que figuraba ya la palabra reconciliación, el 22 de enero de 1963.

MIENTRAS tanto, Kennedy había comenzado a practicar una especie de desarme político en el mundo imperial americano, desmontando pieza por pieza las alianzas de guerra de la época Eisenhower-Nixon-Foster Dulles, dejando caer a los «hombres fuertes» que habían sido impuestos para cumplir la paradójica tarea de asegurar la libertad mediante la tiranía... Chombé estaba en fuga en el Congo, Kennedy proponía en San José de Costa Rica la democratización del sistema, la lucha contra la pobreza y la participación de los pueblos para evitar la subversión; cuando en Santo Domingo un golpe de Estado derribó al Presidente Bosch, Estados Unidos le apoyó y rompió sus relaciones con la Junta. Su último tirano derribado fue Ngo Din Diem, el 2 de octubre de 1963 (luego sería asesinado). También entonces la paz en el Vietnam estaba al alcance de la mano. La intervención de Estados Unidos era entonces escasa —relativamente: en comparación con lo que sería después— y también entonces sobraba para ello el «hombre fuerte» puesto por los propios americanos: Ngo Din Diem, como ahora Thieu. Pero

quizá Kennedy había ido más allá de lo posible para su tiempo. Fue asesinado en Dallas el 22 de noviembre. Juan XXIII había muerto el 3 de junio y Krutchev fue despojado de su cargo el 15 de octubre de 1964; moría prácticamente para el mundo, y no salió del olvido hasta su muerte física ni siquiera mediante la publicación de unas memorias —probablemente apócrifas o desfiguradas y mutiladas.

A partir de entonces hubo unos movimientos de regresión. Johnson, en el poder, asumía la posición de fuerza. Probablemente los que habían asesinado a Kennedy, con armas cargadas desde la solución pacífica del bloqueo de Cuba, recargadas desde la caída de Ngo Din Diem (y con una pólvora ennegrecida por los Derechos Civiles y otras aperturas interiores), contaban ya con esa sustitución automática. No les falló en principio. El supuesto incidente del golfo de Tonkin permitió la entrada masiva en el Vietnam (a partir del 2 de agosto de 1964); había comenzado la escalada, y de los veintitantos mil soldados («consejeros») de la época Kennedy se llegaría en poco tiempo a 550.000 y a los bombardeos masivos. Al mismo tiempo la disputa chino-soviética se agriaba, y China ensayaba su primera bomba atómica, el 16 de octubre; se realizaba una intervención militar de belgas y paracaidistas de Estados Unidos en el Congo, el 24 de noviembre; y los Estados Unidos intervenirían en Santo Domingo, el 25 de abril de 1965; la caída de Ben Bella —y ascenso de Bumedian— en Argelia, el 19 de junio, en visperas de una conferencia afroasiática de Jefes de Estado que debía continuar a la de Bandung —y que por ello fue interrumpida— se atribuyó a una intervención clandestina —la CIA— de Estados Unidos...

ESTE intento de involución de la lenta maquinaria de la paz no fue más que un largo retraso. No es posible calcular ahora la importancia que ha tenido la resistencia de Vietnam, la permanencia de Cuba, la aparición de guerrillas armadas en todo el continente americano, la continua mano tendida de la Unión Soviética, la decisión de Europa de desgajarse de la guerra fría —negociaciones abiertas con los pa-



ses del Este, reconocimientos sucesivos de China, ampliaciones en el Mercado Común...— en el hecho de que los grupos partidarios de la fuerza en Estados Unidos modificaran en general sus posiciones y se retrayeran, y en que los grupos de poder fuerte de la Unión Soviética pudieran ser mediatizados —aún con concesiones tan graves y tan importantes como la invasión de Checoslovaquia en 1968 y el endurecimiento en la política interior—; como tampoco es fácil calcular con alguna precisión la continua manifestación de la juventud en pro de la paz general y de la reestructuración de la sociedad. Visiblemente, Johnson fue una víctima de la guerra de Vietnam. Aún decidiendo la desescalada —la suspensión de bombardeos de Vietnam, que después reemprendería Nixon—, Johnson anunció lo que puede considerarse como una retirada: es decir, no presentarse a las elecciones de 1968.

Iba a comenzar el cuatrienio de Nixon. Anunció en su primer discurso electoral —enero de 1969— que comenzaba la «era de la negociación». En ese sentido, al menos, no ha defraudado. China, que hace precisamente diez años, el 1 de noviembre de 1962, era rechazada de la ONU con 56 votos en contra (tuvo 42 a favor y 12 abstenciones) ha ingresado ahora casi por unanimidad, después de recibir la visita de Nixon y deshacerse, hasta un cierto punto, de una época sombría y difícil —su equivalente de la época staliniana— para abrirse a nuevos horizontes internacionales. Se han firmado los acuerdos de limitación de armas nucleares, el comercio entre el Este y el Oeste comienza a florecer, la guerra se aleja velozmente...

Y el acuerdo para restablecer la situación en el Vietnam está a punto de lograrse; si no es ahora, será dentro de unas semanas. Hay que repetir que al Vietnam se debe en gran parte que la escalada hacia una guerra superior haya podido contenerse, y que las promesas de la década estén comenzando a cumplirse.

\* \* \*

¿ES una paz satisfactoria? Desde luego que no. Hay muchas víctimas de la paz. Toda

la gran esperanza del Tercer Mundo, las esperanzas de Bandung, se han ido desplomando una a una. Los grupos nacionales o políticos que esperaban protección de los Estados Unidos se han ido encontrando sin ella; los que la esperaban de la URSS la derivaron hacia China, y ahora apenas les queda fe en sí mismos. Lo que para las naciones de la vanguardia, para occidente —incluyendo, naturalmente, en occidente a la URSS y los países comunistas, como corresponde a la veracidad histórica: el comunismo es una creación occidental— es una solución, para ellos es una catástrofe. La ausencia de guerra para los que viven en ella perpetuamente —la guerra del hambre, de la miseria, de la opresión— no es una solución, sino una falta de solución. Por otra parte, la paz de esta década se hace sobre un desencanto, sobre la frustración, antes citada, de los grandes principios establecidos en la posguerra pasada: no es en virtud de una solidaridad, de una cooperación, de una buena fe de los pueblos del mundo, sino como un negocio sin idealismo. Ciertos elementos de buena fe, ciertas creencias arraigadas, cierto humanismo, han sido víctimas de todo este movimiento. Si la democracia ha alterado y falseado sus principios para acomodarse a las coyunturas (una «democracia de guerra», una «democracia mercantil»), al comunismo le han pasado semejantes desventuras. Se ha escindido, y de las escisiones han salido otras nuevas, hasta el desmigajamiento.

¿VA a surgir ahora un nuevo humanismo? El establecimiento de las reconciliaciones, que apenas está empezando, trae consigo una débil reaparición de los idealismos de posguerra. Habrá que pensar, también, cuánto se debe a los contestarios por ello, aun a los que viviendo en el mundo del disparate de la negación por la negación y de la utopía sin salida clara —¿Checoslovaquia, París, en la primavera de 1968?— han defendido no solamente salarios o niveles de vida, sino formas de dignidad y de ética. Son apuntes débiles, dubitativos. Pero es posible que si la paz real se consolida, al cabo de esta década, pueda traer una revaluación del hombre. ■ J. A.

# La Capilla Sixtina

## PATERNALISMO

Estaba ya ampeñado un servidor con una Capilla Sixtina sobre la poesía y el periodismo, cuando en el último número de TRIUNFO leo la carta de una lectora, en la que dice: «Sin embargo, me ha llamado la atención la actitud personal (noble) del señor Cámara, que él mismo expresa diciendo: "Cuando veo a una mujer alienada intento emanciparla, pero sin intenciones desviadas", y que yo a mi vez denuncié como paternalismo generalizado». Dejo de lado mi capilla sobre las justas poéticas entre Emilio Romero y Jaime Campmany para otra ocasión, y me aplico a la denuncia de la lectora.

Releo mi capilla de marras y descubro que aquel día un servidor estaba de muy buen humor. Si no se lee aquella capilla con sentido del humor, uno tiene la impresión de estar leyendo la declaración de principios del repelente niño Vicente. Y un servidor no es el repelente niño Vicente. Si tuviera que sincerarme, y al parecer de vez en cuando un escritor ambiguo debe sincerarse, diría que para empezar no me molestan ni los buscapiques femeninos ni los masculinos. El «plan» un deporte sano y poco susceptible a regirse por códigos de abstinencia.

En mi capilla impugnada me limitaba a humorizar sobre la beatería feminista, sin que por ello tampoco sea un servidor contrario a la beatería feminista. Tengo, eso sí, una congénita repugnancia por todo tipo de beaterías, pero bajo la luz de la razón acepto que hay beaterías exculpables y otras no. La beatería feminista, como la beatería del históricamente reprimido, tiene su justificación e incluso una fácil apología. Al declarar que yo «iba de buena fe» no hacía otra cosa que proponer un nuevo tipo de ligue: el ligue de los que van con buena fe. No está de moda, pero lo estuvo. En mis tiempos universitarios hubo quien ligaba desde el pozo de su angustia metafísica leyendo fragmentos de Kierkegaard en la penumbra de los altílos de algunas famosas cafeterías.

Yo ligué en cierta ocasión gracias a una apasionada defensa del Caligula de Camus. Mi acompañante femenina me cogió una mano, me la apretó entre las suyas, me miró a los ojos, puso agua en la mirada y en la voz: Tu sensibilidad me ha "tuche", me dijo aquella maciza muchacha. Eran otros tiem-

pos. Después traté de repetir el número de Caligula, pero no me dio resultado. Últimamente he jugado la baza del liberalismo con todas sus consecuencias. Rentabilidad mínima. Esto no se lleva, lo tengo muy comprobado.

Ahora bien. Jamás, lo juro, he tratado de explotar la carta paternalista. Si yo escribí que emancipaba a las mujeres sin intenciones desviadas, lo dije como efecto humorístico frente a las supuestas intenciones desviadas de los que utilizaban la convocatoria emancipadora para el ligue. Nada más.

La lectora impugnantemente concluye así su mesurada carta: «En una de sus próximas denuncias semanales nos podría contar cuál es su método contra la alienación y cómo trataría de emancipar a Encarna».

No voy a contar mi método, porque sería levantar la liebre. Cada cual sabe más o menos el partido que puede sacar a sus encantos y no quiero enriquecer la experiencia de los que ya sacan partido a los propios. Eso sí. Acepto intercambio.

¿Emancipar a Encarna? ¿Mas aún? Su única contradicción personal era que ejercía como modelo de alta costura y, según mis últimas noticias, lo ha dejado y se dedica a traducir libros del francés. Curiosamente los editores siempre la ofrecen traducciones de libros de temática feminista y la piden que actualice y españolice el mensaje con notas a pie de página, siempre dentro de la legalidad constitucional. Un editor le ofreció incluso la posibilidad de pasar juntos un largo fin de semana en Amsterdam, para tomar apuntes sobre el comportamiento de la mujer en Holanda. Salía un vuelo «charter» de Madrid, en el conjunto de una masiva expedición «Bocaccio» barcelonesa-madrileña.

Encarna se negó, y me dijo: —Aquel tío quería ligar.

—¿Y qué? —Que yo no quería. Aquí la que liga es una servidora, no «ellos».

Es imposible emancipar más a Encarna. El otro día se me presentó en casa y me pidió o trescientas pesetas o unos calzoncillos. Trescientas pesetas para poder pagar la factura de la lavandería y recuperar la ropa limpia, o unos calzoncillos, porque no tenía ropa interior que ponerse.

Lo confieso. Desde mi inferior nivel de emancipación, le dejé las trescientas pesetas. ■

SIXTO CAMARA